



# QUINTO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

**“EL MANUSCRITO”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
MARZO 2022**



# ÍNDICE

EL ENFRENTAMIENTO	David Santiago	4
LA HERENCIA	Ángel Rodríguez García	5
PROFECÍA	José Antonio García Fera	6
ÉXODO	Isabel González	7
LA HERENCIA	Joaquina Campón	8
ILUSTRACIÓN	Pablo Masa	9
EL TESORO DE LUCIANO	Cele Lázaro	10
AVARICIA	Blanca Fajardo	11
DETRÁS DEL RELOJ	Pilar Alcántara	12
EL CASERÓN	Juana García	13
EL LEGADO	Concha Ibáñez Montero	14
EL MANUSCRITO	Jesús Montero	15
ILUSTRACIÓN	José Delgado Maestre	16
OBRAS	Víctor M. Jiménez Andrada	17
EL MANUSCRITO	Flor Bermejo	18



## **EL ENFRENTAMIENTO- ENTREVISTAS DIABÓLICAS**

Varios cultos y grupos desde lo más corrupto del mundo se habían unido en aquella cacería de reliquias con los fines más aviesos y adversos. Con esperanzas y ambiciones comunes.

Aquí todo vale. Trampas, asesinatos, sobornos, manipulaciones y extorsiones con tal de conseguir esos rollos de pergamino sagrados. Algo que parecía poner a todo el mundo de acuerdo; más que su valor era el esfuerzo.

Había habido implicaciones de gobiernos, traiciones y pactos y acuerdos ocultos entre multitud de sombras políticas.

Habían aparecido mafiosos, policías corruptos y gentes de bien y no tan bien en varios estados mortales y lamentables.

Al final una sombra oscura siempre caía sobre la última persona que los poseyera dada su maldición o el sistema de protección de ladrones.

Y siempre aparecían en otro país por obra y gracias de extrañas manos desconocidas

Al final, según decían los espías europeos de cierto embajador, lo más cierto que se sabía es que habían caído en manos de un bondadoso pero artero sacerdote. Aunque nadie estaba seguro de su finalidad e inclinaciones.

...

Fin. O no ☒

**David Santiago**

## LA HERENCIA

Lo que vio delante de sus ojos era distinto a lo anterior, solo roca húmeda y quebrada formaba las paredes y el techo, de un color marrón limoso, casi resbaladizo. Los pies descalzos de Roberto se hundían levemente en el polvo amarillo y así avanzó unos pasos hacia el otro extremo, alumbrando con el celular el hueco negro que se abría enfrente. Aún resonaban en su cabeza, los cascos de los caballos en el suelo pedregoso, cuando tuvo que salir de esa habitación oscura y huir hacia algún lugar desesperadamente. Aquella visita al pueblo de sus ancestros para reclamar su herencia estaba resultando desastrosa. Ahora se encontraba descalzo, aterido y solo, en un pasillo oscuro, húmedo y frío, la débil luz del aparato apenas alcanzaba las paredes y el techo, por tanto, solo era una bóveda negra de la que partían sonidos sibilantes que aumentaban su intensidad mientras él avanzaba. Las aristas y los bordes cortantes comenzaban a moverse sinuosamente, dibujando bocas gritadoras o lamentosas que inmediatamente se transformaban en sonidos guturales profundos y retumbadores, como salidos de un órgano fonético antropomorfo. Roberto se tapaba los oídos intentando que esos sonidos, cada vez más poderosos y trepanadores, no estallasen sus tímpanos, pero era todo un cuerpo tembloroso y espantado el que sufría. Entonces empezó a sentir en sus pies una masa gélida y pegajosa, con un olor tan putrefacto y ancestral que hizo cerrar casi por completo su garganta. Apenas pudo dar un paso más, el cuerpo vivo y gelatinoso, ascendía por sus piernas desnudas y los sonidos y gritos ensordecedores provocaban en su piel vesículas pustulosas, que se abrían para permitir la entrada del fluido espeso y paralizante que, ascendiendo, envolvía su cuerpo. Durante un instante, su mente recordó cuando abrió el pergamino enrollado, con los detalles de la herencia y un polvillo maloliente se derramó en su mano.

**Ángel Rodríguez García**

## PROFECÍA

Reino de Castilla, año 1490.

El visionario en ciernes buscaba su sustento en tabernas y plazuelas. Las ventas en los cruces de caminos también eran su caldo de cultivo para ejercer su fantasía y adelantarse a su tiempo. El vulgo asimilaba muy bien historias entremezcladas de las casas nobles con sus hombres forjados entre las armas, las letras y aspiraciones eclesiásticas. El enfrentamiento entre linajes fácilmente conducía a una guerra. Él las contaba y, sobre todo, auguraba otras venideras. Jugaba sobre seguro porque en toda su existencia, y lo que contaban del pasado, la gente no había dejado de matarse.

Por esos días, a la concurrencia la encandilaban con la historia de uno de los hombres más poderosos de la época, Rodrigo Manrique, Conde de Paredes de Nava y efímero maestro de la Orden de Santiago y cómo, a su muerte, su hijo, Jorge Manrique, resumió en un poema todo el sentir de su corta vida para gloria de ambos: el caballero y guerrero y el poeta. Les recitaba entonces: «Recuerde el alma dormida...»

Al visionario le acompañaba un don sobrenatural, algo le bullía en su interior y era cuestión de aflorarlo. Buscó a un amanuense y le dijo que tenía que dictarle algo. No pasado mucho tiempo el pergamino estaba listo, pero esa tarea conllevaba una tarifa que no se podía pagar, aun rebuscando en el fondo de todos los bolsillos. Quedaría allí el documento hasta reunir las monedas necesarias y recuperarlo.

Reino de España, año 2022.

Un matrimonio echaba sus cuentas, el trabajo de ambos hacía subir el saldo en el banco y no había impedimento para iniciar las obras en esa casa antiquísima heredada. Un amigo arquitecto les aseguraba que podían sacarle mucho partido a esa casona, enclavada en una antigua judería, aprovechando mucho material. En los primeros pasos, picando con cautela en el muro donde se proyectaba, iría una cara colección de botellas de vino, se descubrió una oquedad y dentro un objeto cilíndrico que a su vez contenía un manuscrito.

Las férreas pruebas para dictaminar su antigüedad fueron concluyentes, el tipo de papel y la tinta lo situaban por encima de los quinientos años. Despejada la edad aproximada ahora solo quedaba tratar sobre su contenido.

Los dueños de la casa vieron la oportunidad de financiarse la obra visitando algunos platós televisivos. Porque el texto vendía, y mucho. Era la predicción de un agorero sobre el fin del mundo, otra más, esta vez para el año 2022. En cada pase televisivo se desvelarían más detalles sobre el hecho. Un tertuliano experto en crisis económicas, pandemias y volcanes manifestaba que esa visión se basaría en el número dos, ya que para los griegos simbolizaba lo desconocido, el caos, lo que no aparece claramente definido y que puede resultar perjudicial.

Así las cosas, es muy fácil levantarte por la mañana, atisbar un color naranja en el cielo, y confundirlo con el apocalipsis.

**José Antonio García Feria**

## ÉXODO

¡Por fin iba a realizar las obras que necesitaba mi casa! Era una casa muy antigua que había comprado hacía dos años en Hervás, en la calle del Rabilero y que necesitaba de una buena reforma para convertirla en un hogar confortable y moderno. Cuando excavaron el suelo del sótano, apareció una caja de metal herrumbrosa que contenía dos manuscritos amarillentos, ajados por el tiempo y la humedad, enrollados cuidadosamente y atados con un cordel. Aunque estaban escritos en castellano antiguo, pude descifrarlos sin grandes problemas.

Desenrollé el primero con mucho cuidado para que no se rompiera, pues parecía que se iba a pulverizar entre mis dedos; era un documento de propiedad de la casa, a nombre de un judío: Moses ben Nahman, datada en 1419. Mi corazón comenzó a palpitar mientras cogía el otro manuscrito; este era una carta fechada el 20 de junio de 1492 y la escribía Helkías ben Moses. En ella narraba los acontecimientos que empujaron a su familia a abandonar precipitadamente su casa en Hervás y huir fuera de España, tras el edicto de expulsión de los judíos, promulgado por los Reyes Católicos en Granada. Imaginé a la familia recogiendo las pocas pertenencias que pudieran llevarse; el llanto de los niños, la tristeza de los mayores; el desamparo y desarraigo en su deambular por tierras extrañas, buscando un nuevo hogar, una nueva vida, lejos de todo lo que les era querido. Y pensé en lo poco que había aprendido la humanidad de sus errores pasados; en los exiliados de nuestros días; en el éxodo de millones de personas huyendo de la guerra, de las bombas, de la pobreza.

Después de mucho reflexionar, decidí investigar sobre el paradero de esta familia judía, huida hacía cinco siglos. Acudí al archivo municipal y tras múltiples vericuetos pude acceder a los legajos de documentos de la época. Pasé semanas buceando entre cientos de papeles, hasta que la suerte quiso favorecerme; encontré un viejo documento en el que se hacía referencia a un médico judío que se había instalado en la villa en 1419. Su nombre coincidía con el del propietario de mi casa; había tenido diez hijos; y precisamente el más pequeño se llamaba Helkías. ¡Eureka! ¡Lo había encontrado! ¡Era el autor de la carta!

Estaba muy contenta, pero una vez que se me pasó la emoción del hallazgo, las preguntas se multiplicaron: ¿Qué había sido de ellos? ¿Volvieron alguna vez al pueblo? ¿Alguno de sus descendientes regresó a España? Si así había sido ¿por qué no recuperaron sus bienes?

Seguramente no volvieron jamás, ya que estos manuscritos han acabado en mis manos y su casa ahora es de mi propiedad.

**Isabel González**

## LA HERENCIA

Emilio se marchó una madrugada para no volver, le pusieron su traje marrón, ese que se utiliza en las grandes ocasiones. Partió para su gran noche y nunca más se supo de él. Y dejó que sus desconsolados hijos partieran su herencia.

Elvira, “su esposa”, lloró el novenario obligado ante la sociedad.

Los hijos de Emilio esperaron deseosos de coger su fortuna.

Mientras lo esperaban, Elvira emprendió una reforma en la casa.

Siempre tuvo curiosidad de ver el cuarto prohibido. Allí, de vez en cuando, afloraban unas manchas de humedad que, con el tiempo, desaparecía sin dejar rastro.

Al llegar los albañiles les ordenó que picaran en la pared donde aparecía la humedad y así descubrir el misterio.

Con pico y pala, la pared empezó a soltar cascotes. Ante sus ojos observaron que al otro lado se encontraba una pequeña estancia casi en penumbra, con suficiente cavidad para andar por ella. Elvira accedió al interior y vio, en una hornacina, una carpeta. La cogió e inspeccionó la estancia, y observó que al fondo de un pasillo se divisaba una claridad y oyó el goteo del agua. Avanzó hacia la claridad y al terminar el pasillo, encontró una pasarela de hierro alrededor de la pared del pozo. Un pozo que, por la distancia recorrida, la situó en medio del jardín de la casa. El estanque se encontraba a medias de su capacidad de agua, que se movía con calma.

Al terminar la pasarela el espacio era más amplio y contenía un asiento de hierro. Al lado, unas escaleras para salir del pozo, daban al jardín de la casa. Se sentó para contemplar el hermoso descubrimiento.

Desde allí, oyó a los hijos de Emilio que se estaban repartiendo los bienes del padre. Y uno de ellos comentó.

A Elvira le damos la casa del pueblo mientras viva.

Elvira no podía creer lo que oía, toda la vida cuidando de ellos y ahora la desplazaban.

Lloró desconsoladamente.

Al llegar la noche, en su cuarto guardó la carpeta para verla otro día con tranquilidad.

La noche no la dejó dormir y decidió ver qué contenía la carpeta.

Encontró unos documentos que fue leyendo y con asombro los guardó hasta que el notario abriera el testamento.

**Joaquina Campón**



**Ilustración Pablo Masa**

## EL TESORO DE LUCIANO

A Luciano **todo el mundo** lo conocía en el pueblo como “el loco”.

Era un personaje peculiar, un tanto huraño y con pocos amigos. Se había ganado el título de “loco” a fuerza de hablar siempre del mismo tema: el tesoro que su abuelo había escondido en la casa, aunque nadie sabía dónde. Él no había hecho otra cosa en su vida que dedicarse a buscarlo, aunque sin éxito.

Siempre que su pereza se lo permitía, se pasaba el día dando golpecitos en las paredes por si sonaba a hueco. Otras veces, cavaba pequeños hoyos en el suelo. Pero nada, nunca consiguió encontrarlo.

Ha pasado el tiempo, nuevos moradores viven en la casa y su dueño **quiere** hacer algunas reformas en ella.

Cuando los albañiles tiran una pared, oyen un pequeño ruido metálico. Buscan con cuidado y cruzan sus miradas en silencio al **encontrar** un pequeño tubo muy bien cerrado. Como habían oído muchas veces la historia del tesoro se lo guardan **en secreto**, sin decir nada a nadie.

Por la noche, ya en su casa, lo abren y encuentran dentro un minucioso plano, en el que se indica dónde está escondido el tesoro. Dan saltos de alegría y cada uno, esa noche, sueña haciendo planes con su hallazgo. Al amanecer del día siguiente, sin decir nada, se dirigen al lugar que les indica **el plano**. Pero, ¡oh, decepción! Hacía poco más de un año que en ese lugar habían levantado un bloque de pisos.

¿Qué habría sido **del tesoro**?, se preguntan. Decepcionados, retoman el camino **de** su trabajo, porque ya no habrá lugar en **sus vidas** para los sueños del día anterior.

Como ellos no quieren heredar el título del viejo Luciano, devuelven el plano bien doblado a su tubo. Lo cierran con cuidado y, de vuelta a la obra, lo dejan caer de nuevo entre los escombros. Horas más tarde, cuando está con ellos el dueño de la casa, lo “vuelven a encontrar”. Con grades muestras de sorpresa y alegría le entregan el tubo a la vista de todos.

**Cele Lázaro**

## AVARICIA

Numerosas y diminutas gotas de sudor perlaban su frente. Inclinado ligeramente hacia delante y sosteniendo con sus dos manos el mango de una afilada pala, cavaba y cavaba con fuerza, sobre la pared, intentando abrir un boquete en la misma y encontrar el famoso manuscrito, con firma hológrafa, que prometía numerosas riquezas a quien fuese capaz de encontrarlo, además de la propiedad de la mansión en la que se encontraba y de todas las ricas y fértiles tierras que la rodeaban.

Remo siempre había tenido un miedo infinito a no poseer nada en el futuro, es decir, a ser pobre y, como él mismo decía, a no disponer ni siquiera de un sitio en el que caerse muerto. Este profundo temor le había llevado a acumular posesiones para evitar la angustia de que un día pudieran faltarle. Sin querer y poco a poco, la avaricia fue apoderándose de él, así como el afán y deseo desordenado de poseer riquezas, bienes, peculio u objetos de valor, con la intención de atesorarlos para sí mismo, mucho más allá de las cantidades requeridas para la supervivencia básica y la comodidad personal.

Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Ya no se relacionaba prácticamente con nadie; apenas pasaba tiempo con la familia; dejó de cultivar sus aficiones y estaba realmente enfermo porque su crematomanía o deseo obsesivo de poseer dinero y riquezas, se convirtió en su leitmotiv y la familia, las amistades, el entorno social, pasaron a estar en un segundo plano y si no servían a sus intereses, los menospreciaba sistemáticamente.

El boquete abierto en la pared era ya de proporciones considerables y, en una de las paletadas, Remo oyó un golpe metálico. Muy nervioso y excitado, arrojó la pala al suelo, introdujo el brazo en el agujero, tocó con la punta de sus dedos una superficie metálica y, dándole suaves golpecitos, consiguió sacarla fuera y tenerla entre sus manos. La colocó encima de la mesa y, ayudándose de un destornillador, levantó la tapa y contempló un pergamino enrollado sobre sí mismo, fajado con una cinta roja y sellado con lacre. Con dedos temblorosos y con sumo cuidado, rompió el lacre, quitó la cinta, lo abrió y procedió a su lectura. A los pocos segundos, con piernas temblorosas, no pudo evitar caer sobre el asiento; su rostro adquirió una palidez absoluta, dos lágrimas cayeron por sus mejillas y de su garganta brotó un grito estremecedor al volver a leer lo escrito en el pergamino:

*¡Sorpresaaaa!. La avaricia rompe el saco.  
La mansión no es para ti.  
Deja ya de cavar, Remo, y comienza a compartir.*

**Blanca Fajardo**

## DETRÁS DEL RELOJ

Ya les advertí de que en la pared había algo extraño, pero nadie me creyó. No, hasta que el reloj de pared se cayó causando un gran estruendo. Allí, en el lugar vacío en el que llevaba años colgado, se descubrió un enorme agujero. Todos nos levantamos de la mesa asustados, y nos fijamos en aquella oscura boca que parecía contener algo en su interior. Fue mi hermano Juan el que se decidió a meter el brazo y sacar el pergamino.

Porque era eso lo que escondía la negrura silenciosa de aquella pared que había albergado la vida mecánica del reloj de nuestra casa: un pergamino que parecía contener unas letras ilegibles. Nos apresuramos a buscar un espacio en la mesa en el que extenderlo para poder interpretar aquel lenguaje que no era otra cosa que un castellano rebuscado y pintoresco transcrito en caracteres que parecían más dibujos que letras. Cuando leímos el mensaje nos quedamos sin palabras. Mi hermana Carmina cayó desmayada. Juan dijo que aquello no eran más que tonterías, pero yo también estaba asustada. Intenté recuperar a mi hermana pequeña, mientras Juan hacía pedazos el pergamino, presa de un enfado feroz.

Sí, era una maldición. La persona que osara sacar aquel pergamino del agujero moriría al poco tiempo. Ayer, Carmina y yo despedimos a Juan. Su funeral fue desolador. Nadie quería contagiarse de la maldición que dice que nos acompañará a todos. Carmina tiembla por las noches abrazada a mí. No sabemos qué nos esperará a nosotras.

**Pilar Alcántara**

## EL CASERÓN

Después de tanto esperar por fin tenía la casa tan deseada.

Era una casona antigua bastante deteriorada, pero a mí no me importaba, yo quería una casa grande con un buen patio. Empezaríamos por reparar las paredes, en alguna se veía la señal de antiguas obras donde se habían tapado los “vasares”. Comenzamos a picar la pared precisamente por una de estas estanterías « ¡Manos a la obra! ¡Qué ilusión!», pensé. «Podré decorarla a mi gusto...aquí irá la puerta de la cocina y allí... ¡eh! ¡Cuidado!» A mis pies cayó lo que parecía un cuaderno, lo cogí, lo limpié de polvo con sumo cuidado, pues después de tanto tiempo sin darle el aire el papel podría deshacerse entre mis manos.

« ¡Oh! Es un manuscrito, será de las antiguas dueñas de la casa» me dije. Según nos contaron, los herederos eran dos hermanas solteras que atendían una centralita de teléfonos, qué bonitas eran aquellas centrales. En mi pueblo también había una, me fascinaba ver cómo sacaban las clavijas de la mesa y la introducían en el panel numérico y cuando terminaba la conversación la soltaban y se recogía sola.

Pero...veamos el manuscrito. Lo abrí. Sus pastas púrpura estaban impecables. Comencé a leerlo expectante, a cada página me encontraba más intrigada, mi impaciencia crecía y mi asombro también: el manuscrito estaba dirigido ¡a mí!, a la próxima dueña de la casa. Como si me conocieran, enumeraban mis aficiones, mi forma de ser, pero además, me advertían que no debería tocar la parte alta de la casa, pues si lo hacía, podría despertar la maldición que pesaba sobre ella.

« ¡Oh! No puede ser», pensé. Después de tanto tiempo esperando, cuántos sueños rotos ¿y mi cuarto de pintura, de escritura? ¿Dónde iría? Qué decepción. No sabía qué hacer, pero seguí leyendo. «Si encuentras la única llave que abre la puerta que da a la escalera y logras abrirla, puede que la maldición desaparezca». Pasé la hoja, descubrí lo que parecía un pequeño mapa, me fui al centro del patio como me indicaba. La flecha parecía dirigirse justo donde estaba el pozo. Me asomé y, por suerte, apenas tenía agua pero...

« ¿Cómo viajar sin escalera?»

**Juana García**

## EL LEGADO

Juan vive con el corazón en un puño. Tendrá que abandonar su casa del pueblo. Su refugio después de que la vida le jugara aquella mala pasada.

Ha sido imposible demostrar que le pertenecía. No hay papeles. Su abuelo no dejó testamento. Siempre había hablado de la existencia de un manuscrito de uno de sus antepasados que acreditaba la propiedad familiar, pero nunca lo había visto nadie y no había forma de probar que la casa en la que habían vivido varias generaciones de los Gómez de Ulloa, les había pertenecido desde tiempos inmemoriales.

Ahora, el banco se quedará con todo. La casa será demolida y todos sus recuerdos se irán con ella y eso es algo que Juan Hernández y Gómez de Ulloa no soporta.

Esta es su última semana allí y está decidido a llevarse lo que pueda y lo que quepa en su pequeño apartamento de la ciudad. Tiene algunas cajas preparadas y sin mucho afán empieza a media tarde a guardar libros de la biblioteca del abuelo. Comienza por una zona un poco complicada, agachado en un rincón. Es la zona donde están los libros de su infancia, aquellos que su abuelo le animaba a leer. Aquellos que le hicieron ser la persona que es hoy.

Vacía la primera estantería y cuando comienza la segunda nota una sensación extraña en la mano. Se agacha aún más y al apartar tres volúmenes descubre un orificio en la pared. Extrañado retira todos los libros y, efectivamente, un agujero mal tapado se abre tras las colecciones de aventuras infantiles.

Intenta abrirlo del todo pero es muy complicado, hay que mover toda la estantería y eso supone que hay que desmantelarla previamente.

Febrilmente comienza su labor lleno de curiosidad. No va a tener tiempo de organizar lo que se quiere llevar, pero esto es más fuerte que él.

Por fin, clareando la mañana, consigue mover el mueble y, sí, un agujero preparado con esmero se abre ante él. Introduce la mano y aparece un bote de latón. ¿Qué contendrá?

Lo abre curioso y comprueba que es un documento antiguo, manuscrito. Muy bien conservado. Sus manos tiemblan cuando lo lee y un escalofrío le recorre la columna vertebral. Todo parece legal.

Juan suspira. Piensa en su abuelo y en los libros infantiles y comprende que todos sus problemas se han terminado.

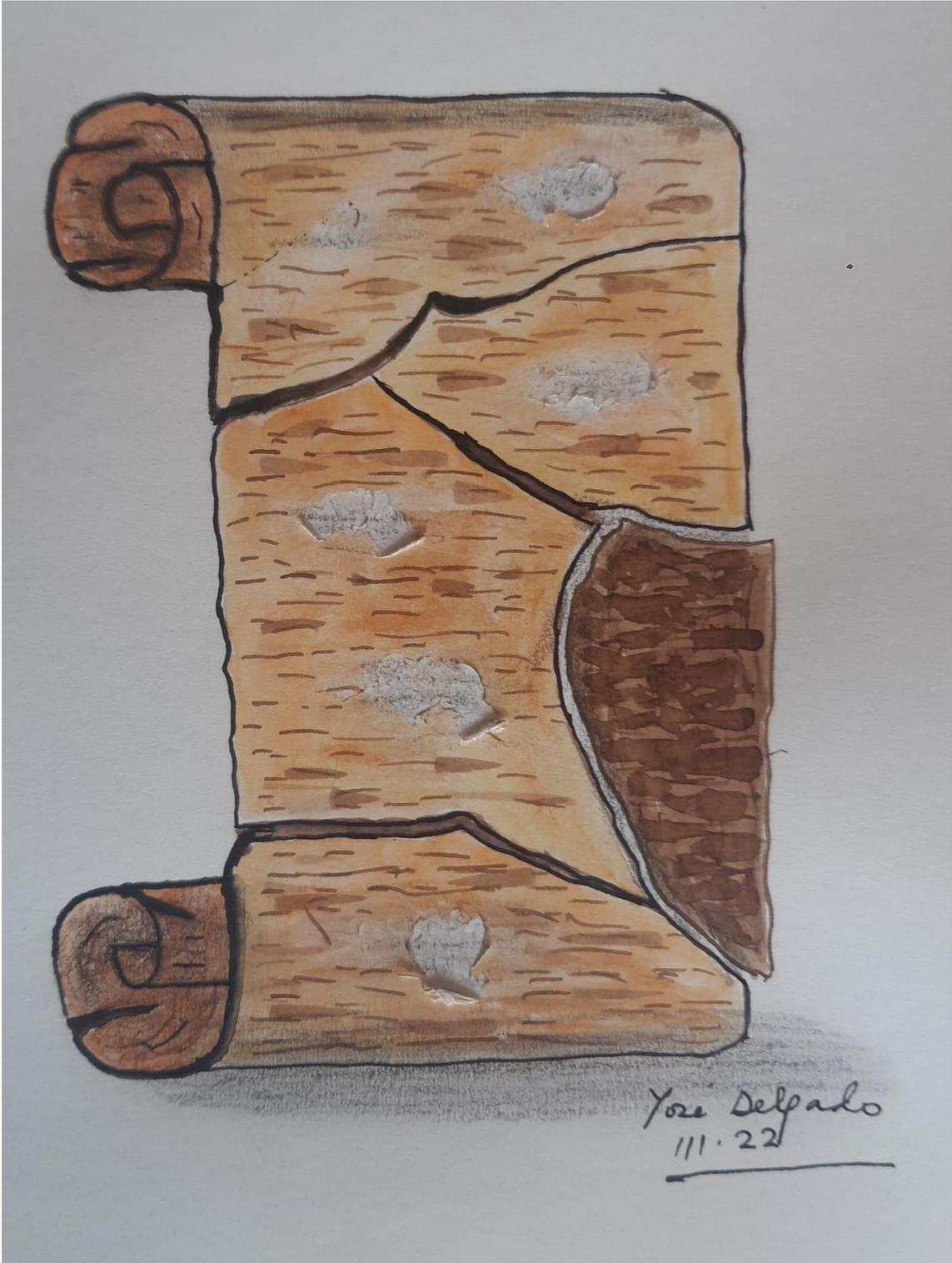
**Concha Ibáñez Montero**

## EL MANUSCRITO

Antonio era un joven quinceañero melencólico y espigado, de sonrisa amplia y amoríos monogámicos sucesivos, habitualmente de corta duración salvo la última, Lina, quizás porque la veía de tarde en tarde; su mayor defecto era ser fumador clandestino de celtas cortos, de modo que escondía el paquete en un agujero de la pared lateral del palacio del Obispo, siempre en el mismo lugar. Lo cogía por la mañana cuando iba al instituto y lo reintegraba por la tarde al regresar a su domicilio. Vivía en Plasencia y salvo jugar al baloncesto, leer novelas del Oeste con su amigo Javier en el Parque de los Pinos, acompañadas de un cigarro, lo que incrementaba el placer de la lectura, no se planteaba ningún problema existencial ni político, solo de amores. Los últimos días estaba algo más nervioso, leía menos y fumaba más, pues al día siguiente le darían las vacaciones de Navidad. Vería a su amada que estudiaba en Salamanca y tenía pensado declarar su amor. Lina era una chica morena, coqueta y de lecturas revisteriles, que tenía su misma edad. El día previo a su llegada, estaba más embabiado que nunca, imaginando y viviendo, como real, cómo iba a ser la declaración, pensando en cómo lo tomaría ella y qué debía contestar a las diferentes respuestas que, previsiblemente, le formularía, de modo que esa mañana metió la mano en un agujero más alto del habitual y notó un papel rugoso cilíndrico, en forma de canutillo. Lo desenrolló y lo leyó; tenía un mensaje breve que decía así; «*día 20 estarás en calle Claudio Coello nº112 a las 9,20 con la furgoneta a media carga de leña.OJO.*» No entendió nada y lo dejó en el mismo sitio, cogió el tabaco, fue andando al Instituto volviendo a repasar las mejores respuestas a preguntas informadas aún. Esa tarde fue a la estación de autobuses a ver a su amada y concertar una cita, le pareció que, como su relación era clandestina, debía darle un papel enrollado, como papiro, en la mano. Llegó temprano y en los andenes vio a quien podía ser su futuro suegro con su mostacho *guardiacivilero*; llegó el autobús y en un descuido paterno se acercó a Lina y le entregó en la mano el canutillo. Cuando se alejaban, ella volvió la cabeza y con un movimiento inconfundible dijo sí; su corazón palpitaba pues le había comunicado que podían verse al día siguiente a las 12 en la puerta de la Biblioteca Municipal.

Esa noche durmió poco y mal, se levantó cefaleico, se aseó escrupulosamente y se perfumó. Salió de camino a la biblioteca, cogió el tabaco y comprobó que el canutillo del hueco más elevado ya no estaba, le extrañó que en la Plaza Mayor hubiera corrillos de gente agitada comentando un atentado sucedido en Madrid a las 9 y 15 en la calle Claudio Coello, recordó el manuscrito y comenzó a temblar. Llegó a la Biblioteca, Lina estaba allí esperándole risueña y maquillada. La saludó mecánicamente, ella se sorprendió y le dijo de sopetón — ¿Te has enterado del asesinato de Carrero Blanco? — No, respondió, pues notó un retortijón abdominal que le hizo acudir al baño, prolongó la estancia sin saber qué pensar y al volver Lina no estaba. Nunca más quedó con él. Pasó las vacaciones introvertidamente, cabizbajo. Años después, cuando acompañado de su esposa vio la película «Operación Ogro» supo que nada tuvo que ver la furgoneta con leña, pues los etarras huyeron en un coche situado en Diego de León, pero sigue sin saber quién y por qué se escondió allí ese manuscrito.

**Jesús Montero**



**Ilustración José Delgado Maestro**

## OBRAS

Nadie lo pone en duda: las obras son una molestia, un incordio, a veces innecesario, que pueden cambiar una vida, y no siempre para bien. Si afirmo esto es porque cuando acometimos la reforma de la cocina del caserón del pueblo, por empeño de mi esposa, descubrí algo que zarandé mis cimientos y que aún, después de varios años, acude a mis pesadillas con más frecuencia de lo que me gustaría.

Aquella tarde maldita, el aburrimiento enturbiaba mi ánimo. Me dirigí a la cocina, siguiendo el martilleo incesante de los albañiles, para ver cómo iban las tareas de demolición. Estaban arrancando sin mucho miramiento el viejo alicatado y fui testigo del agujero que apareció en la pared del fondo, donde durante años se había ubicado el frigorífico. Sorprendido por el hallazgo, ordené a los hombres que se detuvieran. Me acerqué y vi que en el hueco se alojaba un papel amarillento, plegado en dos partes. No había nada más. Lo recogí con curiosidad ante la indiferencia de los obreros, que enseguida siguieron con la tarea.

Me acomodé en mi despacho con el misterioso papel. Encendí el flexo y lo extendí sobre la mesa con cuidado de no romperlo, puesto que la humedad había jugado su partida en las esquinas. No tardé demasiado en leer la caligrafía algo desvaída. Me temblaban las manos, un sudor frío recorrió mi nuca y mi espalda y tuve la sensación desagradable previa al desmayo. Mi boca se secó y la angustia echó sus raíces de estropajo en mi garganta.

Conseguí recomponerme lo suficiente para coger el papel y depositarlo en la chimenea. Con un encendedor le prendí fuego. Observé que en pocos segundos ennegrecía, retorciéndose como un condenado al infierno, hasta que se convirtió en ceniza que se mezcló con los restos que había del invierno anterior.

Aquella maldita tarde se derrumbó mi árbol genealógico, del que siempre estuve tan orgulloso, pero nadie más tiene que saberlo.

**Víctor M. Jiménez Andrada**

## EL MANUSCRITO

Llego a la casa de mis padres, en plenas fiestas veraniegas. Somos cuatro hermanos, tres chicas y el pequeño, que es un chico. Todos tienen casa en el pueblo, menos yo que soy la tercera y mi hermano Nacho. A pesar de que mis padres ya fallecieron, la casa no la vendimos, y cuando venimos todos, nosotros nos quedamos en ella.

El pueblo está lleno, encuentro amigos y vecinos, de los primeros años de mi vida.

Me levanto temprano para hacer las tareas de la casa, no mucho, pero como mínimo quito el polvo, para evitar los molestos estornudos.

Entro en el dormitorio de mis padres, el techo es abovedado, de ladrillo visto, y el frontal de la cama, también. Al darle con el plumero, noto que hay un ladrillo más saliente que el resto, y el frotar chirría. Intento colocarlo bien, pero cuál es mi sorpresa al quedarme con él en la mano.

Hay algo dentro, de un tono marrón oscuro, ¿qué será? me pregunto y tiro de él, es un paño sucio, marrón rojizo, envuelve algo duro. ¡Oh, es un manuscrito! Con una letra perfecta, parece un diario, no sé, fechas, febrero de 1920.

Comienzo a leer, no puedo parar, llevo tres horas y me llaman, les digo que ya bajo.

Me siento y recopilo: parece que es de una tal **Narcisa**. Estaba casada y tenía tres hijas. Cuanta con detalle cómo conoce a un hombre más joven que ella, amigo de la familia, se enamoran y lo mantienen en secreto.

Vuelvo a leer de nuevo:

*«Ha nacido mi hijo, se llama Ignacio, se parece a su padre, es perfecto. Él me pide que nos marchemos lejos, “muy lejos”. Estas son sus palabras, pero no puedo, no quiero dejar a mis hijas, aun son muy pequeñas y no quiero ser fugitiva.*

*Ignacio ya tiene dos años, él lo mira con vehemencia, cuando nos cruzamos en la plaza. Son las seis de la tarde, él viene a casa para despedirse, me dice que se marcha a Cataluña a trabajar. Mi madre y mi marido le desean lo mejor, le comentan que es un gran hombre.*

*Yo le acompaño a la puerta, cruzamos las miradas, nuestras manos se rozan, es como decirnos el último adiós, y mi corazón cabalga velozmente. Su figura se diluye en la distancia, aun estás aquí, y ya te echo de menos».*

No puedo seguir leyendo, mis hermanos me llaman.

El día está transcurriendo como cualquier otro, aunque en mi cabeza continúan esos párrafos, esas palabras. Hablo con mi tía, la única hermana de mi madre viva, le pregunto si se acuerda de cuando nosotros nacimos. Sus recuerdos aportan poco, ya que ella entonces era muy joven.

Lo mejor de todo esto es que Narcisa es mi madre y su hijo Ignacio es Nacho, mi hermano.

La vida de cada persona es un misterio, y cada uno tiene derecho a vivirla como quiere y puede.

Es maravilloso conocer este misterio, este secreto.

**Flor Bermejo**